

De la *mortificación* fecunda, generadora de vida, dice Ignacio: “Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto *salire* de su propio • amor, • querer e • interés”. EE 189: “Triple *salto* mortal”.

Lo que quiere decir exactamente es que el hombre mortificado no es el que huye de sí mismo sino el que “*sale*” = “*salta fuera*” de sí mismo. El hombre mortificado es un ser humano libre, que es capaz de afrontar el riesgo de la *entrega total*, del *des-centramiento*, de la *ex-propiación* voluntaria, de la *inversión intencional*, del *des-asimiento*.

Hay una caricatura que, con una cierta agudeza macabra, puede aclarar lo expresado: “Un borracho gira por enésima vez alrededor de una columna de anuncios y grita desesperado: ¡Auxilio, estoy encarcelado!”. Un símbolo para la danza del ser humano alrededor de su propio *Yo*. El que alguien observe lo mucho que está encerrado en su propio, mezquino, egoísta, convulsivo *Yo* forma parte de las experiencias fecundas. En las paredes de esta prisión sólo resuena continuamente el eco: ¡*Yo, Yo, Yo!* ¿Por qué siempre *Yo*? ¿*Por qué “no Yo”?* No me desprendo de mí; el *Yo* como infierno, como tormento de aislamiento, como el punto sobre el que se recae de nuevo tras todos los intentos de volar hacia el *Tú* y hacia el mundo. En este *Yo-Infierno* se origina la nostalgia de una relación libre con el propio *Yo*. Si esta liberación es concedida, entonces sucederá la verdadera salvación: liberación hacia el *Tú*, hacia el mundo, hacia sí mismo, “*salto fuera*” de sí hacia los otros; cesa la mera rotación alrededor de sí mismo y el encuentro se hace posible. Con el *Yo* en la espalda como espina dorsal, se mira el camino hacia delante libremente.

Jesús expresa este “*salto fuera de sí mismo*”, este *Yo* transcendido, el sentido fecundo de la *mortificación* con las palabras: “Porque el que quiera salvar su vida la perderá...”, Lc 9,24 y Jn 12,25.

Lo que Jesús expone en las *Bienaventuranzas* tiene relación profunda con la muerte interior y con el ganar la vida. Pobreza, impotencia, situaciones límite no tienen necesariamente que destruir sino que también pueden conducir a una vida nueva y más profunda, a una “bienaventuranza”. Del mismo modo que el *Sermón de la Montaña*, la *Muerte* y la *Resurrección* de Jesús muestran el misterio central de la fe cristiana, de *Alguien* que puede perder *Su* vida y ganarla para *Sí* y para el prójimo.

Por consiguiente, se trata de la *mortificación* que permite re-nacer mediante la liberación de toda la convulsión del *Yo*, del angustioso agarrarse a sí mismo, de la fijación al propio pensar y querer.

Se puede experimentar la *mortificación* en muchas tensiones diarias en las que uno se mantiene firme: en la paciencia que permite escuchar largo tiempo y comprensivamente; en esa rebeldía que se genera a veces para al final aceptar un asunto desagradable; en la vigilia que, a pesar del cansancio, se mantiene con un enfermo; en la tranquilidad que se goza cuando “se

renuncia” a trabajar excesivamente; durante los tiempos de paciente espera en la oración. En todo lo que trata de una vida y un encuentro con un Yo siempre más libre.

Willi Lambert, S.J.



✠ *“Hazte el bien a ti mismo, dando a los demás”* ✠

San Juan de Dios

Imagen del monaguillo de Sieger Köder

www.vacarparacon-siderar.es